

PRESENTACIÓN

Viajera inmóvil, padecí junto con Álvaro Núñez Cabeza de Vaca los avatares de sus dos aciagas expediciones al continente americano. Fantaseé con seguirle las huellas algún día, excusando en lo posible los naufragios, las hambrunas y esclavitud que refiere en *Naufragios*: crónica de su expedición a la Florida desde que salió del puerto de Sanlúcar en junio de 1527 hasta que pudo regresar a la Península en agosto de 1537. Entremedias de estos diez años, el jerezano Álvaro Núñez nos cuenta cómo desembarcaron al norte de la bahía de la Cruz, hoy Tampa (Florida) en abril de 1528. Desengañados de encontrar las riquezas de Apalache y perdidas las naves, construyeron cinco barcas con el propósito de costear el golfo de México hasta arribar al asentamiento español de Pánuco (Tampico, México); cercano según el piloto de la expedición pero, en realidad, a unos novecientos kilómetros. En la navegación de cabotaje por los actuales estados de Florida, Alabama, Misisipi, Luisiana y Texas los españoles solían aprovisionarse de agua dulce y comida. Los combates con los indígenas costeños, las enfermedades y las tormentas diezmaron la expedición. Una gran ola volcó la barca de Cabeza de Vaca en la isla de Galveston (Texas) que él nombró como Malhado. No solo perdieron las pocas provisiones que llevaban, sino también la ropa y el armamento. Era noviembre de 1528 y el frío muy intenso. Desnudos y desarmados, él y tres compañeros (uno de ellos el negro Estebanico) fue-

ron esclavizados por los indios de la costa texana durante casi siete años. Al fin, pudieron fugarse los cuatro juntos y cruzar el río Grande o Bravo. Y, por temor a esos indios belicosos, subieron río arriba bordeando las estribaciones de la Sierra Madre Oriental para dirigirse hacia el Pacífico, en busca del asentamiento español de San Miguel de Culiacán (Sinaloa, México). En un poblado del noroeste, los españoles sanaron a unos enfermos mediante imposiciones de manos y rezos; antes, Cabeza de Vaca había extraído la punta de una flecha que un indio tenía clavada en el pecho. A partir de entonces, una multitud los acompañaba en su larga caminata. A Culiacán llegaron descalzos, cubiertos por una piel de venado, con las barbas hasta el pecho y los cabellos largos. Era abril de 1536, ocho años desde que desembarcaron en Tampa en busca de una quimera.

En el verano de 2004, durante el viaje de reconstrucción del itinerario de Cabeza de Vaca por el sur de Estados Unidos y el norte de México —del Atlántico al Pacífico—, mi marido el escritor Rubén Caba y yo tuvimos nuestra dosis alícuota de calamidades, si bien nada semejantes a las del explorador jerezano. Ni descalzos ni desnudos anduvimos por ese territorio, es cierto. Ni frío glacial ni esclavitud. Pero también soportamos tempestades, mosquitos voraces y gazusa ocasionada por un presupuesto administrado con más cicatería que liberalidad.

Tras el rastreo de los lugares donde Cabeza de Vaca sobrevivió con heroico estoicismo durante ocho años, la investigación de los personajes principales de la expedición y nuestro análisis de las enfrentadas teorías acerca del itinerario granaron en el ensayo histórico *La odisea de Cabeza de Vaca*.

Ahora, presento el relato de mis peripecias en aquel verano americano de 2004 desde Tampa hasta Culiacán, a

lo largo de unos seis mil kilómetros, recorridos en coche, autobús y tren. Paisajes, ciudades y animales se revelan como unos personajes más de los que habitan en la crónica de este mi viaje.



1.

HISTORIA DE UNA CONJURA
SEMÁNTICA: ESTADOS
UNIDOS DE AMÉRICA

En el aeropuerto de Barajas distraje el miedo a volar con la concreción de una inquietud semántica que había aflorado un día de finales de junio cuando Rubén y yo pagamos a la aerolínea norteamericana Delta los billetes Madrid-Atlanta-Tampa para el jueves 19 de agosto de 2004. La mayor parte de los que nos disponíamos a embarcar este día en el vuelo de las 11.35 hacia Estados Unidos de América éramos españoles y allí no había ni atisbo de conato de motín.

—Conque Estados Unidos de América —mascullé al mostrar mi tarjeta de embarque.

—¿Diga? —el azafato de tierra no estaba para matices en mi tono de voz.

¿Cómo es posible —pensaba camino del avión— que la diplomacia española no haya encontrado un hueco en su agenda para reclamar lo esencial?: el nombre del continente americano es una suplantación y debe ser sustituido por el de su legítimo descubridor.

Ya protestó Antonio Alcedo, un ilustrado quiteño de ascendencia española, en la segunda mitad del Dieciocho: «Llámanse impropriamente América por el célebre Piloto Florentin Américo Vespucio... Algunos quieren que antes lo descubriese Sancho de Huelva, arrebatado de una tempestad, el año de 1484; los ingleses dicen que en 1170 ó 1190 la descubrió un tal Madoc que, en dos viages á la Vir-

ginia, Florida, Canadá y México, llevó colonos ingleses; pero todo esto es una invención».

Los veedores de teorías conspirativas proclaman que el nombre de América fue el desenlace de una confabulación europea contra España por parte de las potencias emergentes que le disputaban el dominio, sobre todo, en el Nuevo Mundo. También nuestra desidia nacional nos impidió litigar por el legítimo nombre que debió ostentar el cuarto continente. La ONU debería proponer a Colombia que regale su denominación a todo el continente e instar a Estados Unidos a modificar su nombre oficial, que pasaría a ser *The United States of Colombia*. Si Colombia no quisiera cambiar de nombre, los norteamericanos podrían elegir en referéndum entre los epónimos Estados Unidos de Columbia o de Cristobalia.

Los españoles deberíamos contribuir —porfié conmigo misma—, mediante las reservas auríferas del Banco de España, a paliar el desembolso que supondría para aquel país cambiar el nombre oficial en todos sus billetes y monedas de dólar. Si lo desearan, la cara con la leyenda *In God we trust* (en Dios confiamos) podría seguir en vigor. Y es que España ejerció su influjo hasta en el símbolo del dólar americano, inspirado en el real de a ocho, moneda española de la primera mitad del Dieciséis y precio que da Sancho a la bacía que don Quijote toma por yelmo de Mambrino. Esta moneda fue durante algún tiempo la más prestigiosa de todas las europeas. Los norteamericanos la llamaban *spanish dollar*. De ella copiaron las dos columnas de Hércules, fusionadas en una barra, y la banda del Plus Ultra, convertida en la S del dólar (\$).

La suplantación empezó cuando en 1507 —tres años después de la publicación de *Mundus Novus*, relato de Américo Vespucio en busca de la ruta de la especiería— el clérigo y cartógrafo alemán Martin Waldseemüller grabó

el nombre de América en un planisferio, según portulanos de españoles y portugueses. Sobre un territorio largo y estrecho, distinto al asiático, la palabra América aparecía impresa en su tercio inferior: circunscribía tan solo las tierras descubiertas por Colón y las exploradas por Vesputio, principalmente Venezuela y Brasil. Y en la introducción, proponía: «No veo razón para que no la llamen América, es decir, la tierra de Americus, por Americus su descubridor».

El impulso definitivo —evoqué mientras el copiloto y la sobrecarga nos daban la bienvenida al avión— surgió del geógrafo, cartógrafo y matemático flamenco Gerardus Mercator, quien en un mapa de 1541 designó con el nombre de América, por primera vez, a todo el hemisferio al occidente de Europa, separando Asia de América. A partir de entonces, todos los mapas del mundo lo incluirían. Los europeos se hicieron los suecos, pese a que Pedro Mártir de Anglería, en sus *Décadas* (1494), había honrado a Colón como «*novi orbis repertor*» (descubridor del Nuevo Mundo).

El acierto sonoro del nombre tuvo un eco mediático sin precedentes. El nuevo continente tenía nombre de mujer, como los otros. América les parecía musical, seductora y vigorosa, como «alto, sonoro y significativo» el nombre de Rocinante a don Quijote. En vano, el dominico Bartolomé de las Casas acuñaría Columba para el nuevo continente y, con su habitual vehemencia, acusó a Vesputio de usurpar a Colón su descubrimiento. Al dominico le fallaron sus campañas de imagen.

Mucha responsabilidad tuvimos los españoles —me devanaba los sesos cuando Rubén preguntó a una azafata por nuestros asientos— pues, hasta bien entrado el Dieciocho, seguían llamando al nuevo continente Indias, Indias Occidentales o Nuevo Mundo. Y mientras los cartó-

grafos europeos ninguneaban a Colón y honraban a Vespuccio, los de la Casa de Contratación de Sevilla estaban a su bola, en este caso la del mundo, titulando sus mapas con un lirismo descriptivo propio de un romance, sin darse por enterados de la guerra nominativa que los europeos habían declarado a España. Y esta, mientras tanto, preocupada tan solo de futilidades como la aniquilación, ocasionada por los mexicas, de la mayoría de los españoles en su retirada de Tenochtitlán; o por el destino de los trescientos expedicionarios de Narváez, Cabeza de Vaca era uno de ellos, que se habían adentrado en la región de Apalache; o por la reciente y estrepitosa derrota frente a los turcos en la campaña de Argel donde perecieron 4.000 hombres, después de sacrificar a todos los caballos y abandonar en el campo de batalla las piezas de artillería.

De una campaña de márketing bien orquestada, difundida por los intelectuales europeos de principios del Dieciséis, provino el error en el nombre de la nación más poderosa de este comienzo del Veintiuno, a la que Rubén y yo íbamos a llegar en un Boeing 767 con destino a Atlanta.

Nos dieron los asientos 16 A y B, los primeros del lado izquierdo del avión en clase turista, felices al no ver el cogote de nadie y poder estirar las piernas. Tardamos una eternidad en acomodarnos porque la gente viaja sin dejarse aconsejar por don Antonio Machado y, apegados a sus chismes y aparatos, llevan la casa a cuestas y el botellón de agua en la mano, olvidando que aterrizarían en el país que rinde culto a los hipermercados y a la desmesura en los bienes de consumo.

En Madrid, habíamos realizado una selección de lo más imprescindible para nuestro viaje americano. Después, volvimos a excluir libros y ropa, hasta que nos quedó una única maleta, un bolsón para zapatos y utensilios de aseo, y la bolsa de piel negra de Rubén donde metimos

algunos libros, los cuadernos de viaje de cada uno, todavía vírgenes, bolígrafos, lápices, la cámara de fotos y los regalos para los amigos mexicanos que, sin conocernos personalmente, nos habían obsequiado con prudentes consejos sobre alojamientos e itinerarios por el norte de México. Y con todo, me pareció mucho equipaje aunque fuera para cinco semanas y media. «Para viajar debería bastarnos sólo con nuestro cuerpo», dice Matsuo Basho en *Sendas de Oku* cuando se disponía a recorrer a pie tres mil *ri*, expresión japonesa para significar una gran distancia que, en realidad, son 3.920 kilómetros. «Pero las noches reclaman un abrigo —prosigue—; la lluvia, una capa; el baño, un traje limpio; el pensamiento, tinta y pinceles. Y los regalos que no se pueden rehusar... Las dádivas estorban a los viajeros».

Al fin, pudimos encajar en el maletero del avión la única bolsa de mano que no facturamos. Nuestro gozo se trocó en espanto cuando una mujer con dos bebés gemelos y un chaval de unos diez años ocuparon los asientos centrales contiguos a los nuestros, al otro lado del pasillo. El viaje no fue tan infernal como la parentela auguraba. El niño se pasó las nueve horas de vuelo aferrado a su *playstation*, con la coca cola y los cacahuets en la mesa. Aunque yo ocupaba el asiento de ventanilla, la concentración del chaval me fascinaba: era un campeón en la matanza de marcianitos con el destino de los terrícolas en su mano. Los gemelos se portaron acorde con su naturaleza, lloraban si tenían hambre y dormían al saciarse. Por allí apareció una abuela solidaria con la agobiada madre que, a cambio de endosarle la historia de su vida y las fotos de sus nietos, echó una manita con los biberones y los pañales. Antes de retirarse a su asiento, sacó la ficha a la joven: los bebés tenían nueve meses, la madre era española casada con un americano y había viajado a Madrid

para que sus padres conocieran a los gemelos. Cuando los vecinos nos disponíamos a leer o dormir, se descolgó por el jardín de infancia una argentina morena, menuda y pizpireta con un bebé en brazos que también cotorreó su vida:

—Viajamos en primera. Mi marido es arquitecto. Él tiene doble nacionalidad porque es hijo de españoles. Sus papás viven en Miami. Vamos a casa de ellos a que conozcan a nuestra bebita —nos informó a todos.

La expulsaron de la segunda clase los carritos con el almuerzo. No solo Rubén y yo sonreímos a la bazofia que íbamos a deglutir con tal de no oír el parloteo de las mamás, sino también los dos hombres sentados detrás de nosotros que no habían podido pasar de la primera página del periódico. Sin la ración de cotilleo, todo me supo a gloria: la lechuga revenida con medio tomate *cherry*, la pechuga de pollo liliputiense, las dos albóndigas de pollo heladas «sobre un colchón» —decía el menú que nos entregaron— de arroz blanco, más bien cojín por la escasez, y la miniatura de mousse de chocolate.

La digestión propició un tiempo de calma, acunados todos por el zumbido del motor. Mientras Rubén dormía, las nubes algodonosas me condujeron a nuestra casa de Madrid, a las primeras horas de esa mañana del jueves 19 de agosto. No había sido posible despedirnos de Leoncio. Desayunó en la cocina junto a nosotros; luego, pasó reptando por el vestíbulo, mirando de soslayo las maletas, y se guareció bajo la mesa del salón. Es un gato filósofo y anacoreta que tiene aversión a la calle y pánico a los viajes, personalidad que intuyó mi amiga Elena Laruelo, cuya gata *Misi* de pelaje negro y anaranjado —una auténtica calicó— es la madre del nuestro. Para Leo su mundo es nuestra casa, austera en enseres y rica en libros. Ronronea al vernos pergeñar una página u hojear un libro.

En cuanto nos oye conversar sobre la etimología de una palabra o el sinónimo más preciso, se acomoda para no perderse ni ripio. Pero si discutimos de política, sale zumbando en busca de silencio. Cuando en la tarde de ese jueves vea entrar a Magdalena Antelo, la portera, barruntará su desamparo. Su glotonería será el placebo contra su aburrimiento. Y antes que anide en él la tristeza, ya estaremos de vuelta de estas cinco semanas y media por la América boreal.

El carrito con la merienda me devolvió al presente. Desperté a Rubén para que no se perdiera las delicatessen: un bocadillo de pavo y queso, café o té ad libitum, dos galletitas y una chocolatina. Compartí con él mis raciones, pues alegó que las emociones viajeras trituran con saña la comida basura y crean un vacío en su estómago. De bazofia ya había tenido una muestra bien representativa. Y nada más aterrizar a las seis y veinte de la tarde en Atlanta, para trasbordar hacia Tampa, iba a comenzar una cuota extra de emociones.

Nos metieron en un MD-88, McDonald Douglas, que parecía de la Segunda Guerra Mundial. Al entrar, llamé la atención de Rubén sobre el estado de la cabina: la parte izquierda tenía un roto y se veía el aislante fuera de su sitio. El capitán, muy irritado, hablaba por teléfono, y las azafatas habían puesto el piloto automático a su sonrisa y se encontraban en otra dimensión o rezando. Nos dieron asientos separados: él delante y yo justo detrás. A Rubén se le cayó el pasaporte y, mientras esperábamos el despegue, entre los vecinos de asiento de Rubén y los míos lo rescatamos de la moqueta. Tras media hora de demora, el capitán declaró la verdad: fallaba una pieza del motor y estaban a la espera de reponerla. ¿Lo habíamos entendido bien? Recabamos información de nuestros vecinos. Pues sí. Al cuarto de hora, oímos la voz de la sobrecarga:

—Atención, señores pasajeros. Les va a hablar el capitán.

—Señores pasajeros, no es posible continuar en este avión. La pieza que esperábamos no puede ser sustituida. Por favor, tomen sus pertenencias y dispónganse a bajar del avión. La compañía les proporcionará otro vuelo a su lugar de destino. Disculpen las molestias. —Entre Rubén y yo trasladamos al español su angloamericano robotizado.

Esto no habría ocurrido si el Nuevo Mundo hubiera tomado el nombre de su legítimo descubridor. Se empieza por una suplantación nominal y se llega a que la McDonald Douglas no tiene una bujía para el pequeño avión de Delta Airlines en el país más poderoso de la tierra.

Al salir del avión, tomamos por guías a los compañeros de vuelo que parecían dominar el aeropuerto. Los seguimos por los pasillos, en el metro interno que conecta las puertas de salida, y bajamos con ellos para desandar el camino y llegar al mostrador de reclamación de la aerolínea Delta.

Tres azafatas hicieron oídos sordos a la misma exigencia de todos: queríamos un vuelo para Tampa esa misma tarde.

—No quedan asientos libres en los dos últimos vuelos a Tampa. A través del teléfono de reclamaciones, pueden buscarse una plaza para cualquier otro avión que aterrice lo más cerca de su destino. Si no, esperen al primer vuelo de la mañana siguiente. No, no pagamos noche de hotel —se desentendieron en angloamericano.

Los que tenían móviles, hablaban con sus parientes para informarles del percance; otros, ya estaban buscándose un vuelo alternativo; los más, tan desorientados como nosotros, seguíamos en la cola de reclamaciones, protestando en voz alta y abroncando al guardia de seguridad negro —afroamericano para ellos— por pretender acallar a los damnificados.

Un joven con acento andaluz nos abordó cuando Rubén me preguntaba por las condiciones de la reserva en nuestro hotel, en el centro de Tampa, realizada en julio a través de Internet. Era Benjamín Nix. Nos hablaba con acento gaditano y a las azafatas de Delta en inglés con candencia tampeña. De no ser por él, esa noche la hubiéramos pasado en las butacas del aeropuerto. Nos prestó su fluidez lingüística para conseguir plaza en un vuelo a Sarasota, a unas 40 millas (65 km) al sur de Tampa.

Era un recién conocido. Nosotros para él, no:

—Sí. También en el vuelo de Madrid. Vosotros veníais en los primeros asientos del avión, frente a la mujer con los niños. Soy de Rota. ¡Uf! Un madrugón. Estoy de pie desde las cuatro de la mañana. Primero, de Rota a Cádiz en coche y, luego, en tren hasta Atocha. Soy informático y mi hermano, que vive en Tampa, me ha buscado trabajo en una empresa de ordenadores.

Benjamín iba uniformado de rapero blanco, como tantos chicos españoles de su edad: pantalón ancho a media pierna, camiseta hasta las rodillas y zapatillas deportivas blancas, enormes. Lo imaginé por las calles de Rota con la gorra de béisbol al revés, la visera protegiendo la nuca y la cinta marcando flequillo.

Rubén y yo nos sentamos juntos, y Benjamín unas filas más adelante, en el Boeing 737-800 de las 19.35 hacia Sarasota. Cuando más desesperados estábamos había aparecido un joven gaditano, como su paisano Cabeza de Vaca, para ayudarnos en el Nuevo Mundo. Y no busco misterio en este oportuno azar. Trigueño, miope, con barbita de varios días, cordial y tímido, Benjamín Nix no tenía más allá de 25 años. Un hombre bueno en el mejor sentido de la palabra.

Acomodada entre Rubén y un fornido norteamericano, reconocí la importancia histórica que en nuestro viaje tenía el aterrizaje en Sarasota, al suroeste de Flo-

rida. Como hemos escrito en nuestro ensayo histórico *La odisea de Cabeza de Vaca*, los barcos de la expedición de Narváez por fin echaron el ancla el 14 de abril de 1528, Jueves Santo, en una pequeña isla a la entrada de la actual bahía de Port Charlotte, entonces habitada por los indios calusas, los mismos que siete años antes habían flechado al anciano Juan Ponce de León en su segunda intentona de encontrar la fuente de la eterna juventud, quimérico remedio a sus achaques de vejez. Y desde esa bahía, Cabeza de Vaca exploró a pie la costa en dirección norte hasta descubrir, el 18 del mismo mes, otra bahía más grande que llamó de la Cruz, ahora bahía de Tampa. En su ruta, pasó por la actual Sarasota, lugar donde doce años más tarde desembarcaría Hernando de Soto, segundo gobernador de Florida. Algunos, han querido derivar el nombre de la ciudad de este explorador español. Epónimo o no, los habitantes de Sarasota hoy recuerdan a De Soto con un sencillo museo histórico en la playa de Bradenton, al norte de la ciudad, donde proyectan la película *Legacy of a Legend* y unos vídeos sobre las expediciones españolas del siglo Dieciséis a la Florida.

Mi rubicundo vecino, el que ocupaba el asiento de ventanilla, tenía los ojos en los correos que recibía en su ordenador y las orejas en nuestra conversación. Nos preocupaba el modo de llegar a Tampa desde Sarasota. A las pasotas azafatas les habíamos entendido que la aerolínea se comprometía a llevarnos al aeropuerto de Tampa, donde estaba nuestro equipaje. Se llamaba Bob, así leí, de reojo, en uno de los correos que recibió. Plegó el portátil, guardó las carpetillas con documentos, cerró el maletín y pegó la hebra con nosotros. Primero, en inglés y, al saber que Rubén hablaba también francés, practicó con él un buen rato. Resultó ser un abogado que había llevado los asuntos de un golfista español muy conocido:

—Un chico que se llama García —vino a decir.

—Se debe referir a Sergio García —precisé a Rubén que, desde su asiento de pasillo, no oyó bien a Bob.

Conocía Barcelona y Madrid y se declaraba enamorado del Museo del Prado y del otro museo. No recordaba su nombre y dio una pista del propietario:

—*The king of Switzerland.*

—*The king of steel* —puntualicé sonriéndole y seguí en inglés—: Pues, de momento, Suiza es una república federal.

Bob soltó una carcajada que le enrojeció, aún más, el rostro. Después, le informamos del nombre de ese museo que tanto le gustaba. Cuando detallamos cómo nos había dejado tirados Delta, nos desanimó:

—No es una compañía solvente. Lleva varios años en números rojos y seguramente no se responsabilizará.

Y así fue. En Sarasota, Delta nada quiso saber de llevarnos a Tampa. En el aeropuerto ya no había casi nadie. Los mostradores de la compañía cerrados y, en el único abierto, nos dijeron que tomáramos un taxi. Benjamín, Rubén y yo nos metimos en el asiento trasero de uno con cuyo conductor acordamos previamente el pago de 75 dólares por llevarnos al aeropuerto de Tampa. El trayecto duraría algo más de media hora. Aceptamos. Aunque impuso una condición: debíamos de pagar en metálico, nada de tarjetas.

El dueño iba de copiloto y el grullo al que instruía, de conductor. Pero, antes de tomar la autopista, interpretó nuestros murmullos y, como no era cuestión de llevar en vilo a dóciles clientes, el dueño tomó el relevo. Durante el viaje, Benjamín Nix nos explicó el misterio de su apellido: su padre, Delaware Delano Nix, era un coronel de la base norteamericana de Rota; y su madre, una roteña de pura cepa. Se sonrojó al decirnos el nombre completo de su

padre como si nos hubiera refrescado algún percance en aquella base militar. Nada indagamos. Y al querer contribuir al pago del viaje, le recordamos la ayuda desinteresada que nos había prestado.

En el aeropuerto de Tampa, ante un despacho de Delta, decenas de maletas, bolsas y macutos aguardaban a sus dueños perdidos en la estratosfera. Magnífica inspiración para el pintor Eduardo Toral, pero a mí me desasosegaba tanta maleta dormida.

Nueva discusión con la encargada. Insistía en que la reclamación la debíamos de hacer al finalizar el viaje, ya en Madrid. Benjamín telefoneó a su hermano y, allí mismo, lo esperaría. Nosotros, acordamos con otro taxista el precio de nuestro viaje hasta el Ashley Plaza Hotel.

—*To downtown* —aclaré al taxista para que se situara y, sobre todo, para darle a entender que dominábamos el plano de la ciudad.

El conductor, un etíope flaco y mal encarado, se permitió corregir nuestra pronunciación como si su jerigonza fuera de la Universidad jesuita de Georgetown. Lo mandé a la mierda en español mientras sonreía, para despistar, a la foto de su hija pegada en la guantera. Siento no haber conocido entonces la expresión que utilizó Pilar López, la renovadora del baile español, para llamar cerdo a otro taxista impertinente, esa vez en Nueva York. Como el inglés en que se manejaba consistía en veinte o treinta palabras imprescindibles para saludar y pedir la comida en un restaurante, insultó a un grosero taxista llamándolo *pork chop* (chuleta de cerdo). Y noqueado, tan solo acertó a tildarla de *crazy*. Pero hace años, mi profesora de inglés me había proporcionado una batería de expresiones malsonantes y políticamente incorrectas, imprescindibles para una trotamundos como yo. Por una vez, la prudencia actuó a tiempo al amordazarme la lengua inglesa

y dejar expedita la española. Y evité que nuestro escuchimizado taxista nos dejara tirados cerca de las once de la noche en medio de una red de autopistas con la bahía bajo nuestros pies.

Empleó, exactamente, cinco minutos del aeropuerto al hotel. Cuando Rubén le afeó lo desorbitado del precio en relación al kilometraje, gritó que la tarifa era de 20 dólares a cualquier punto del *downtown*. Se inquietó al pedirle factura, pues debía anotar su nombre y el número de taxi. Lo dejamos sin propina, ya era suficiente con esta mordida a la americana.

A las once de la noche de ese jueves 19 de agosto entramos en la habitación 815, nuestra guarida durante cuatro noches y cinco días, del Ashley Plaza, un hotel impersonal, cuidado y limpio en el centro de Tampa. Como en todas las habitaciones de los hoteles de nuestro recorrido, habían colocado en la encimera del baño una cafetera tipo Melitta con sus correspondientes bolsitas de té, café instantáneo y azúcar que cada mañana reponían al igual que el jabón y el champú. De puro cansancio, olvidamos que no habíamos cenado. Solo deseaba ducharme y dormir.